

11627

Die. 9/18

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL PAN DE LA BODA,

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN VERSO.

1516

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1868.

L47
3677

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
 Amor de antesala.
 Abelardo y Eloisa.
 Abnegacion y nobleza.
 Angela.
 Afectos de odio y amor.
 Arcanos del alma.
 Amar despues de la muerte.
 Al mejor sazador...
 Achaque quieren las cosas.
 Amor es sueño.
 A caza de cuervos.
 A caza de herencias.
 Amor, poder y pelucas.
 Amar por senas.
 A falta de pan...
 Articulo por articulo.
 Aventuras imperiales.
 Achaques matrimoniales.
 Andarse por las ramas.
 A pan y agua.
 Al Africa.
 Bonito viaje.
 Boadicea, *drama heroico*.
 Batalla de reinas.
 Berta la flamenca.
 Barometro conyugal.
 Bienes mal adquiridos.
 Bien vengas mal si vienes solo.
 Bondades y desventuras.
 Corregir al que yerra.
 Calizares y Guevara.
 Cosas suyas.
 Calamidades.
 Como dos gotas de agua.
 Cuatro agravios y ninguno.
 ¡Como se empeñe un marido!
 Con razon y sin razon.
 Como se rompen palabras.
 Conspirar con buena suerte.
 Chismes, parientes y amigos.
 Con el diablo a cuchilladas.
 Costumbres politicas.
 Contraste s.
 Catilina.
 Carlos IX y los Hugonotes.
 Carniol.
 Candito.
 Caprichos del corazon.
 Con canas y polleando.
 Culpa y castigo.
 Crisis matrimonial.
 Cristobal Colon.
 Corregir al que yerra.
 Clementina.
 Con la música á otra parte.
 Lara y cruz.
 Dos sobrinos contra un tio.
 D. Primo Segundo y Quinto.
 Deudas de la conciencia.
 Don Sancho el Bravo.
 Don Bernardo de Cabrera.
 Dos artistas.
 Diana de San Roman.
 D. Tomás.
 De audaces es la fortuna.
 Dos hijos sin padre.
 Donde menos se piensa...
 D. José, Pepe y Pepito.
 Dos mirlos blancos.
 Deudas de la honr.
 De la mano á la boca.
 Doble emboscada.
 El amor y la moda.
 'Está loca

En mangas de camisa.
 El que no cae... resbala.
 El niño perdido.
 El querer y el rascar...
 El hombre negro.
 El fin de la novela.
 El filantropo.
 El hijo de tres padres.
 El hongo y el mirinaque.
 El último vals de Weber.
 El clavo de los maridos.
 El oncenno no estorbar.
 El anillo del Rey.
 El caballero feudal.
 ¡Es un ángel!
 El 5 de agosto.
 El escondido y la tapada.
 El licenciado Vidriega.
 ¡En crisis!
 El Justicia de Aragon.
 El Monarca y el Judío.
 El rico y el pobre.
 El beso de Judas.
 El ama del Rey Garcia.
 El afan de tener novio.
 El juicio público.
 El sitio de Sebastopol.
 El todo por el todo.
 El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
 El que las da las toma.
 El camino de presidio.
 El honor y el dinero.
 El payaso.
 Este cuarto se alquila.
 Esposa y mártir.
 El pan de cada dia.
 El mestizo.
 El diablo en Amberes.
 El ciego.
 El protegido de las nubes
 El marqués y el marquésito.
 El reloj de San Plácido.
 El bello ideal.
 El castigo de una falta.
 El estandarte español en las costas africanas.
 El conde de Montecristo.
 Elena, ó hermana y rival.
 Esperanza.
 El grito de la conciencia.
 ¡El autor! ¡El autor!
 El enemigo en casa.
 El último pichon.
 El literato por fuerza.
 El alma en un hilo.
 El alcalde de Pedroheras.
 Egoismo y honradez.
 El honor de la familia.
 El hijo del ahorcado.
 El dinero.
 El jorobado.
 El Diabolo.
 El Arte de ser feliz.
 El que no la corre antes...
 El loco por fuerza.
 El soplo del diablo.
 El pastelero de Paris.
 Tutor parlamentario.
 Faltas juveniles.
 Francisco Pizarro.
 Fe en Dios.
 Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el

ahijado de todo el mundo.
 Genio y figura.
 Historia china.
 Hacer cuenta sin la huéspeda.
 Herencia de lágrimas.
 Institutos de Alarcon.
 Indicios vehementes.
 Isabel de Medicis.
 Insuñones de la vida.
 Imperfecciones.
 Intrigas de locador.
 Insuñones de la vida.
 Jaime el Barbudo.
 Juan Sin Tierra.
 Juan sin Pena.
 Jorge el artesano.
 Juan Diente.
 Los nerviosos.
 Los amantes de Chinchon.
 Lo mejor de los dados...
 Los dos sargentos españoles
 Los dos inseparables.
 La pesadilla de un casero.
 La hija del rey Rene.
 Los extremos.
 Los dedos huespedes.
 Los exstasis.
 La posdata de una carta.
 La mosquita muerta.
 La hidrotobia.
 La cuenta del zapatero.
 Los quid pro quos.
 La Torre de Londres.
 Los amantes de Teruel.
 La verdad en el espejo.
 La banda de la Condesa.
 La esposa de Sancho el Bravo.
 La boda de Quevedo.
 La Creacion y el Diluvio.
 La gloria del arte.
 La Gitanilla de Madrid
 La Madre de San Fernando.
 Las flores de Don Juan.
 Las apariencias.
 Las guerras civiles.
 Lecciones de amor.
 Los maridos.
 La lápida mortuoria.
 La boisa y el boisillo.
 La libertad de Florencia.
 La Archiduquesita.
 La escuela de los amigos.
 La escuela de los perdidos.
 La escala del poder.
 Las cuatro estaciones.
 La Providencia.
 Los tres banqueros.
 Las hermanas de la Caridad.
 La niña Iris.
 La dicha en el bien ajeno.
 La mujer del pueblo.
 Las bodas de Camacho.
 La cruz del misterio.
 Los pobres de Madrid.
 La planta exótica.
 Las mujeres.
 La union en Africa.
 Las dos Reinas.
 La piedra filosofal.
 La corona de Castilla (alegoria).
 La calle de la Montera
 Los pecados de los padres.
 Los inieles.
 Los moros del Riff.

La propiedad de este drama, la del de

Flor de un día.	Una ráfaga.
Espinas de una flor.	Asirse de un cabello.
Libertinaje y pasión.	

y la del libreto de las zarzuelas

El Dominó azul.	Un pleito.
Los Diamantes de la Corona.	Beltran el aventurero.
Tres para una.	U. Cocinero.
Guerra á muerte.	¡Quién manda manda!!
El Vizconde.	El diablo las carga.
El Diablo en el poder.	El zapatero y el banquero.
El Lancero.	El gran bandido.
Juan Lanas.	Del palacio á la taberna.
El relámpago.	Los dos mellizos.
Una vieja.	Los suicidas.
Una niña.	Marina.
La Jardinera.	Galatea.
Por conquista.	El pan de la boda.

pertenece á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarle en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representación en todos los puntos.

2, V. 6

EL PAN DE LA BODA,

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

LETRA DE

DON FRANCISCO CAMPRODON.

MUSICA DE

DON F. ASENJO BARBIERI.

Representada por primera vez en el teatro de los Bufos Arderius
(Circo), en Octubre de 1868.

MADRID:

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1868.

PERSONAJES.

ACTORES.

TERESA.....	STA. BERNAL.
SALVADOR.....	SR. VILANOVA.
EL TIO JUAN.....	SR. CALTAÑAZOR.
TOMASA.....	STA. FONTFREDE.
MARQUESA.....	STA. FERNANDEZ.
ALCALDE.....	SR. ESCRIU.

Coro de albarqueros, aragoneses y guardabosques.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la choza de un albarquero de tierra de Moncayo. Al levantarse el telon se verán grupos de aldeanos y aldeanas fabricando albarcas, unos rebajando los maderos, otros clavando las tapas de cuero. Salvador estará en su banco pensativo. Juan repasando las operaciones de los trabajadores. Tomasa ocupada en cualquiera labor. La choza tendrá una puerta á cada lado de la escena que conduce á las habitaciones y otra al fondo para el exterior.

ESCENA PRIMERA.

SALVADOR, JUAN, TOMASA, CORO GENERAL.

MUSICA.

COPLA.

Con agua fresca
del mes de mayo
y sin afeite particular,
como el romero
que da el Moncayo
huelen las mozas de mi lugar.

Todos. Desde que te ví con los chanclos de palo,
dije para mí, malo, malo, muy malo;

mas al ver, chiquilla, tu pierna robusta
y esa pantorrilla que tanto me gusta,
dije para mí, desde que te ví
con la albarca y la media bien justa
me gustas así.

COPLA.

Entre los nobles
que van de gala
de los monarcas en el salon,
más se *trompieza*,
más se resbala
que con albarcas en Aragon.

Todos. Así que te ví, etc.

HABLADO.

JUAN. En qué piensas tú, camueso?

SALV. Y á vos ¿qué os importa?

JUAN. Á mí?...

pues es verdad, no caí
en que pensaras en eso;
pero en tu cara se nota
cierta rara *distraicion*.
y en la tierra de Aragon
cuanta más murria, más jota;
conque si algo te atormenta
obra como aragonés,
que en sufriendo algun revés
canta la jota y revienta.

SALV. Hice mi jornal, y quiero
estar como estoy.

JUAN. Lo alabo;
sigue, muchacho, que al cabo
eso no cuesta dinero.

TOM. No sospechais qué tendrá
que le pueda entristecer?

JUAN. Opino... que ha de tener
algo que no tiene.

TOM. Ya!

pero cuál es su cuidado?
qué es ello?

JUAN. Qué te va á tí?

TOM. Es que si estuviera en mí
le ayudára de buen grado.

JUAN. Anda con tiento, Tomasa,
con no ser tan generosa,
que la mujer dadivosa
da mala cuenta de casa.
Ayer llegó á mi portal
pidiendo obra, se la di,
y *ende* luego le ofrecí
cuatro cuartos de jornal:
él es un chico dispuesto,
y sólo tiene que hacer,
vestir, calzar y comer
y embolsarse todo el resto.

TOM. Tal vez no tenga bastante.

JUAN. Tanto va á despilfarrar?

TOM. Le debierais aumentar
algo el jornal.

JUAN. Al instante.

TOM. Trabaja bien.

JUAN. Con qué ahinco
te empeñas.

TOM. Es conveniente.

JUAN. De veras?

TOM. Sí.

JUAN. Pues corriente,
mañana le daré cinco.

(Él trabaja á toda ley
y tiene razon la chica,
las albarcas que él *frabica*
pueden servir para un rey.)

TOM. Dadle lo que corresponda
á las albarcas que os haga.

JUAN. Eso es, paga que paga.
(Apuesto á que me la ronda.)

TOM. Si supieseis cuánto os quiero!

JUAN. Anda con Dios, marrullera.

TOM. Hasta luego. (Váse.)

JUAN. (Esta cordera

- está balando al cordero.)
SALV. Voto al diablo!
JUAN. Salvador.
SALV. Qué me quereis?
JUAN. Ven acá!
SALV. Qué se os ofrece?
JUAN. Hombre, náa!
que al verte de mal humor,
casi de memoria infiero
el *curiao* que te apremia;
tú has cogido la epidemia,
á tí te falta dinero.
SALV. No es sobrado mi caudal.
JUAN. Te lo adiviné, ya ves,
mas... no te aflijas, que esa es
enfermedad general.
Los *probes* legos jamás
medran sin grandes afanes,
los que llegan á guardianes
guardan el de los demas.
SALV. Pues ese es mi mal más flojo.
JUAN. Tienes otro *toavia*?
SALV. Que amo con idolatría!
JUAN. Pues no es nada lo del ojo!
Conque amor te maleficia
sin tener de qué comer?
Más te valiera caer
en poder de la justicia.
Expícate sin empacho.
SALV. Nada, que el amor me abrasa.
JUAN. Pues mira, si es por Tomasa,
no me convienes, muchacho.
SALV. No es por Tomasa.
JUAN. Que no?
SALV. Ojalá fuese por ella!
JUAN. Cómo ojalá!
SALV. Es doncella
y pobre al fin... como yo;
pero la que el alma adora
con amor extraordinario...
JUAN. La chica del boticario?
SALV. Es una noble señora,

que es mi vida, mi embeleso,
mi delirio!

JUAN.

Probecillo!

á tí te falta un tornillo
en la trabazon del seso.

Cudiao, que si te encharcas
calentándote el magin,
puedes tener un mal fin;
albarquero, á tus albarcas.

No olvides, *Salvaorcillo*,
que en la tierra de Aragon
tenemos inquisicion

y nobles de horca y cuchillo;
y á los que andan en intrigas,
si son de las clases bajas,
por un quitame esas pajas
les tuestan como las migas.

SALV.

Nada á detenerme basta
aún cuando en mi empeño muera.

JUAN.

Nuestro antiguo señor, era
un señor de buena pasta,
que con nadie se metia;
pero el feudo se vendió,
y el nuevo que lo compró
nunca vino todavía.

Yo no sé si es malo ó bueno;
mas si la que *ta henchizao*
es noble, tente *cudiao*
que no pagues tú el estreno;
y guarda para tu sayo
el refran de nuestra tierra;
nunca te pongas en guerra
con el señor de Moncayo.

SALV.

Fuí soldado y tengo pecho
para luchar con valor.

JUAN.

Pus alante, Salvaor,
si te cuelgan, buen provecho.

ESCENA II.

DICHOS, el ALCALDE.

ALC. Iza, gandules, al punto
id á escape á dar socorro
á un coche que ha dado un vuelco
en la calzada del soto;
y al que no llegue el primero
lo meto en un calabozo.
(Salen todos apresuradamente.)
Ya van que vuelan, no hay más
que picarles su amor propio.
Qué tal, tío Juan?

Tan campante.

JUAN. Cuánto os envidio! Dichoso
ALC. el que vive independiente!

JUAN. Eso sí, lo que es nosotros
tocante á la independiencia,
no hay quien nos tosa; tan solo
que vos como sois justicia
no nos dejais hablar gordo,
y como ademas reunis
el cargo de mayordomo
y encargado de cobranzas
del señor de este villorrio,
con la vara y con el cargo
os llevais nuestros ahorros;
y ademas, cuando viajais
nos haceis servir de mozos,
y nos ocupais las fiestas
en traer leña del coto;
pero en cuanto á independiencia
no hay quien pueda con nosotros.

ALC. Pues ese es el gran sistema
que proporciona el reposo
del espíritu y del cuerpo;
trabajar y comer poco.
Nuestro pasado señor,
que era un profundo filósofo,
me encargaba mucho siempre

- que criara al pueblo sobrio.
Que lo repasen, á ver
si hay alguno que esté gordo.
- JUAN. Fuera de vuestra familia,
no, señor, no hay ninguno otro.
- ALC. Cumpli fielmente su encargo
con el laudable propósito
de que cuando él visitára
este feliz territorio,
águilas en vez de hombres
hallase el conde en vosotros;
pero pasó á mejor vida
sin haber tenido el gozo
de ver los efectos prácticos
de mi sistema económico.
- JUAN. Entónces, si no se mueve
ya volariamos todos?
Qué lástima de señor!
- ALC. Mucho su pérdida lloro.
Hoy tenemos amo nuevo
á quien aún no conozco;
y dicen que va á llegar
aquí de un momento á otro,
y estoy ya como las grullas
para ver cómo le cojo
la embocadura á su genio,
porque yo sólo ambiciono
esta posición modesta
para cuidar de vosotros,
nada más.
- JUAN. Dios se lo pague.
- ALC. Así es que cuando ha poco
me han dado aviso del vuelco,
corrí más veloz que un corzo
por si hubiese sido el conde.
- JUAN. Y no fué?
- ALC. Ni por asomo!
Una dama que iba sola
en un coche muy lujoso
en direccion al castillo.
- SALV. Ah cielos, que es ella!
(Saliendo escapado por el fondo.)

- tal pequeñez,
y todos de buen grado
servir queremos á su mercé.
- TER. Oh qué peste de villanos,
oh qué turba tan atroz,
donde llegan con sus manos
es una desolacion;
para alzar mi carruaje,
que en mal hora vino aquí,
con su fuerza de salvaje
me lo han hecho trozos mil.
- CORO. Vaya usted á dar ayuda
á la gente señorial,
para que nos lo agradezcan
maltratándonos así.
- TER. Al conato mas ligero
del que intente alzar la voz,
el respeto del pechero
imponerle sabré yo.
Soy señora de Moncayo,
soy condesa de Albasflor,
y temblad si estalla el rayo
de mi justa indignacion.
- CORO. Es la dama de Moncayo!
No hay más medio, vive Dios,
de evitar que estalle el rayo
que aguantamos y chiton.
- TOM. Ved que la aldea
se despobló,
por si os podia
prestar favor,
y hasta un pobrete
se lastimó
para serviros
sin galardón.
- TER. Que hay un herido?
En dónde está?
Al punto, un médico
id á llamar.
Dale esta bolsa,
y hasta estar bien,
de su familia

- yo cuidaré.
CORO. Dios la bendiga
por tal merced.
TER. No sé qué nube espesa
me viene á entristecer;
en tierra aragonesa
he entrado con mal pié;
por esa turba impía
que Dios confunda amen,
no está ya el alma mia
en brazos de su bien.
Y en el afan de mi desvelo
me está gritando el corazon:
en el castillo está mi cielo,
en el castillo está mi amor.
CORO. Nuestra atencion y nuestro celo
le quitarán su mal humor.

HABLADO.

- TER. Para llegar pronto allí
no sé por más que discurro
cómo hacer.
JUAN. Se albarda un burro.
TER. Haz que te albarden á tí.
JUAN. (Cuerno!)
ALC. Perdonad su yerro,
esta gente es muy de bien,
mas no sabe...
TER. Y á vos, quién
os da vela en este entierro?
ALC. (Canastos!)
TER. Qué ha motivado,
hablo á vos, labradorcillo,
que el camino del castillo
se encuentre en tan mal estado?
ALC. Señora, los aguaceros,
el invierno, las heladas..
TER. No hay manos desocupadas
teniendo tantos pecheros?
ALC. Bien hay, pero...
TER. Yo pondré

remedio y vais á ver cómo.
Quién es nuestro mayordomo?
Servidor.

ALC.
TER.

Lo adiviné!
ya que no sabeis cuidar
la hacienda, desde este instante
quedais cesante.

ALC.
TER.

Cesante?
Cesante y sin apelar.

ALC.
TER.

Pero...

ALC.
JUAN.

Nada hay que oponer.
No podré sobrevivir!
Pero qué quiere *decir*?

ALC.

Que me deja sin comer;
no sé en qué pude faltar
para que así se exaspere.

JUAN.

No sabeis? pues es que quiere
enseñaros á volar.

TER.
TOM.

Y tú, niña, eres de aquí?
Servidora vuestra.

TER.

Bien!
¿Qué tiempo crees que esten
en montar el coche?

TOM.

Oí
que decia el mayoral
que era cosa de una hora.

TER.

No me engañas?

TOM.

No, señora.

TER.

Vaya, entónces ménos mal.
Mientras ese tiempo pasa,
si quieres tienes lugar
de servirme de almorzar...

TOM.

Os daré cuanto hay en casa.

TER.

Un bistek y confitura
de cualquier clase.

TOM.

No acierto...

JUAN.

Un pistrea? En nuestro huerto
nunca ha habido esa verdura.

TER.

¿Qué está diciendo esta gente?

ALC.

(Esta es la gran ocasion
de rehacer mi opinion.)
Señora, efectivamente

este es un pueblo novel
que vejeta en la ignorancia;
el buen gusto y la elegancia
nunca han penetrado en él.

Yo, tal vez ménos pelgar
que el vulgo, á fuerza de ver,
me creo capaz de hacer
un almuerzo regular.

Si os dignáseis admitir
la pequeña ofrenda mia,
mi mayor gusto sería
el podérosla servir.

Hay pescado regular,
perdí y liebre en fiambre.

TER. (Este me sitia por hambre
y me hará capitular,
y eso que parece tonto.)

ALC. Por Dios, no me deis la pena
de rehusar.

TER. En hora buena,
andad y traedlo pronto.
(Váse el Alcalde y todo el coro.)
contigo quiero entenderme.
Cómo te llamas?

TOM. Tomasa.

TER. Pues dí, Tomasa, hay en casa
un cuarto dónde meterme?

TOM. Sí, señora, el mio.

TER. Voy
á repasar mi peinado;
que no me encuentre mi amado
más fea de lo que soy.

TOM. Os encontrará muy rica,
muy linda y llena de encanto.

TER. Me lo aseguras?

TOM. Y tanto!

TER. (Tiene talento esta chica!)

JUAN. Así que el tio Mambrú
traiga los guisos, los entro?

TER. No quiero que entreis adentro
ni los guisos, ni él, ni tú.
Pon una mesa y coloca

cada cosa en su lugar.

(Entra seguida de Tomasa.)

JUAN. Esta señora al hablar
echa un tapon en la boca!
Pues con todo y ser tan dama,
cuando tan mal me trató,
por poco le suelto un... no...
chitito, Juan, que es el ama.

ESCENA IV.

JUAN, SALVADOR.

SALV. Tio Juan, hoy si que imploro
vuestra ayuda.

JUAN. Qué te pasa?

SALV. Que esa dama que hay en casa
es la mujer que yo adoro,
es mi amor!

JUAN. Estás borracho?
La señora del lugar,
que puede hacernos ahorcar!
Arre de casa, muchacho.

SALV. Callad, hombre, no deis voces.

JUAN. Pues lárgate y cierra el pico.

SALV. Pero escuchad...

JUAN. Mira, chico,
que te arreo un par de coces.

SALV. No temais nada, os respondo
que no hay riesgo alguno.

JUAN. Á ver?
Conque no hay riesgo en querer...

SALV. Hombre, la conozco á fondo.

JUAN. Cómo á fondo? Has tú tenido
con ella algun trapicheo?

SALV. Yo con ella? ya lo creo!
como que soy su marido.

JUAN. Tú?

SALV. Yo!

JUAN. Tú no estás en tí.
Tú has trincado, Salvador.

SALV. No he trincado, no señor.

JUAN. Tú eres su marido?

SALV.

Sí.

Oid: nací aragonés,
y mis padres me mandaron
á un colegio, y me educaron
como al hijo de un marqués.
Las letras no eran mi fuerte,
y así es que aprendí por lujo
carpintería, dibujo,
y otras cosas de esta suerte;
y sin conocer apuros,
contratiempos ni regaños,
quedé huérfano á quince años
con cuatro ó cinco mil duros.
Viéndome solo, y tentado
por mi afición singular
á la vida militar,
senté plaza de soldado;
y con ser casi un chicuelo,
llegué á sargento á muy poco,
siendo el tormento y el coco
de mozas de medio pelo:
y si á alguna requería
cualquier maton de los buenos,
cuchillada más ó ménos,
siempre la moza era mía.
Dicho está que Salvador
era el gallo del cuartel,
me adoraba el coronel
que era el conde de Albalflor,
y cuantos lios tenía
de intereses ó de amor,
«eso lo hará Salvador,»
era sú orden del día.
Y en efecto, yo era un rayo:
cuando dió el conde en saber
que en Madrid se iba á vender
este feudo de Moncayo.
Había sido su deudo
el postrero poseedor,
y me dijo: «Salvador,
anda á comprarle ese feudo.
Toma letras, vete allí,

puja, y el remate apura,
y mándame le escritura.»
Y en efecto, lo hizo así!
Puesto en Madrid hecho un Cid,
y lleno de aliento el pecho,
casi me venia estrecho
el paseo de Madrid:
con los humos levantados
del que con nobles se roza,
topéme con esa moza
por mi gloria ó mis pecados.
Pues ya te cayó que hacer.
Lo que me cayó, tío Juan,
fué una fiebre, fué un volcan
que abrasó todo mi ser;
cegado por la impresion
de su beldad deslumhrante
parecióme su semblante
el sol de la creacion,
y arrastrado por mi estrella
á seguirle como sombra,
os diré cómo se nombra
y sabremos quién es ella.
Su padre es un caballero,
buen general, cuya historia
es tan sobrada de gloria
como escasa de dinero.
Su hija Teresa, que es esa,
tanto á su gusto le amasa,
que es ley suprema en su casa
el antojo de Teresa.
Mimada, tierna, orgullosa,
junta en mezcla peregrina
el dolor que da la espina
y el olor que da la rosa:
y ello es que ansiando la palma
y sin miedo á sus antojos,
con mi aliento y con mis ojos
abrile brecha en el alma.
Ah valiente!

JUAN.
SALV.

JUAN.
SALV.

Sí señor,
y al tenerme que nombrar

respondí sin vacilar
que era el conde de Albalflor.

JUAN.

Jesus! Maria! José!

SALV.

Ó mentir mi condicion

ó salir por el balcon.

JUAN.

Tú vas á presidio.

SALV.

Y qué?

Estaba tan decidido
á no cejar en mi empeño,
que á trueque de ser su dueño
á la horca hubiera ido.

Lo dije y todo fué llano,

y sin levantar sospecha,

á los pocos dias fecha

la niña me dió su mano;

y en boda, coche y festin,

y en trajes, claros y oscuros

mis pobres cinco mil duros

iban llegando á su fin.

Y viéndome ya sin norte

y á graves riesgos expuesto,

me así de cualquier pretexto

para salir de la córte;

y hácia acá me dirigí,

precediéndola de un dia,

diciéndole que me urgia

el llegar ántes aquí

para hacerle más ameno

nuestro castillo encantado:

y estamos en este estado.

JUAN.

Menudo va á ser el trueno!

SALV.

Estoy nadando en sudor;

no se cómo ni por donde

decirle que Ernesto el conde

es el pobre Salvador.

JUAN.

Arriesgada es la salida!

Yo en tu pellejo, primero

emigraba.

SALV.

Si la quiero

mil veces más que á mi vida!

como su cariño pierda

y maldiga su destino

- JUAN. voy á colgarme de un pino.
SALV. Has comprado ya la cuerda?
SALV. Pero hombre, mi ternura
no ha de cautivar su amor?
JUAN. Desdichado Salvador,
te veo en la sepultura!
SALV. Si alguno, de un modo blando,
me desbrozára el camino,
y poco á poco, con tino,
me la fuese preparando!
Qué os parece?
JUAN. Hombre, así
nunca fuera el trueno tan...
SALV. Quereis hacerlo, tío Juan?
JUAN. Que si quiero hacerlo? Sí.
(Ahora me va á pagar
su insolencia y su mal modo.)
SALV. Mucho tacto sobre todo.
JUAN. Ya verás, déjalo estar.
(Váse Salvador.)

ESCENA V.

JUAN, el ALCALDE.

- ALC. Todo me salió esquisito;
chuletas, fiambre y tortas
que están diciendo: «comedme.»
En dónde está la señora?
JUAN. Allá dentro con mi chica.
ALC. Pues voy á tener la honra
de presentarle el almuerzo.
JUAN. Esperad! Ella en *presona*
me ha mandado que la avise
cuando esté la mesa pronta.
Conque ponedla entre tanto.
ALC. Es verdad; no fuese cosa
que por un leve detalle
volviese á montar en cólera! (Pone la mesa.)
Ay, tío Juan de mi alma!
en qué triste y fatal hora
se le ocurrió disparar

- aquella terrible bomba
que me dejó sin aliento.
- JUAN. A cada uno le toca
su china, señor Alcalde.
- ALC. Es que aquella fué muy gorda.
Traje el calesin y el macho
por si acaso le acomoda
irse despues del almuerzo.
- JUAN. Pues no se va por ahora.
- ALC. Que no se va? y qué va á hacer?
- JUAN. Sospecho que se le antoja
aprender á hacer albarcas.
- ALC. Tio Juan, no gasteis bromas
cuando se habla de los amos,
y ménos de una señora
de tan nobles cualidades,
de tan distinguidas formas.
- JUAN. Que os ha dejado cesante
por cumplir mal.
- ALC. Dale bola!
Quereis callar, majadero?
teneis las chanzas más sosas...
- JUAN. Vamos, no tengais cuidado,
yo os respondo desde ahora.
(Va y se sienta á comerse el almuerzo mientras el
Alcalde habla distraido.)
- ALC. Tio Juan, por los tres clavos!
debeis comprender que hay cosas
que es sacrilegio tratarlas
de una manera burlona.
Si os quitan el pan... Canastos!
pues no se zampa las tortas?
- JUAN. Adelante, hombre, adelante.
- ALC. Atrevido!

ESCENA VI.

DICHOS, TOMASA.

- TOM. La señora
pregunta si está el almuerzo.
- ALC. Llegas á tiempo; me importa

que lo veas con tus ojos
que ha puesto su mano tosca
sobre el almuerzo feudal
para la sumaria próxima,
que yo me lavo las manos.

JUAN. Pues yo me lleno la boca.
TOM. Pero, padre, ved por Dios
que nuestra ama...

JUAN. Calla, tonta;
ni es nuestra ama, ni es condesa.
ALC. Qué decis?

TOM. Yo estoy absorta!
JUAN. Es la mujer de un obrero
que tengo en mi casa propia.

ALC. No es posible!

JUAN. Tan posible
como que él *mesmo* en *presona*
me lo ha contado á mí mismo
y aquí mesmo. Estamos? 53

ALC. Hola!
(Á Tomasa, que se iba por el fondo.)
Vuelve la calesa á casa
y engancha el macho á la noria.
Y dejarme á mí c+stante!
sería capaz ahora...
pero no, venga una silla;
á ver, llenadme una copa.

ESCENA VII.

ALCALDE, JUAN, TERESA.

MUSICA.

TER. Á ver ese almuerzo
cuándo llegará!
me hace gracia el cuadro
por lo original.

ALC. Yo me llamo Juan Palomo,
me lo guiso y me lo como.

JUAN. Yo, que cazo por el campo,
me lo encuentro y me lo zampo.

- TER. Yo castigo la osadía
del que ofende mi hidalguía,
y á salvajes y á villanos
de esta suerte domo yo.
(Tira la mesa.)
- ALC. Santos cielos soberanos,
mi vajilla lo pagó!
por el daño y por la afrenta
pediré indemnizacion.
- TER. Pues venid, y á buena cuenta
id tomando un bofeton. (Se lo da.)
- ALC. Cuando al Alcalde osa pegar
siendo aquí omnímota mi autoridad,
yo no adivino qué es lo que hará
al pregonero y al sacristan.
- JUAN. Cristo! que modo tiene de dar!
fué el estampido descomunal,
si ese angelito se queda acá
la artillería hay que llamar.
- TER. Si con la dama piensan jugar,
pronto veremos quién puede más,
y vive el cielo que cada cual
por la vereda tiene que entrar.
- JUAN. No os dejéis cegar, señora;
ved que estais en un error,
vos creéis á pies juntillos
que os debemos sunision,
y á juzgar por la apariencia
no sabeis aún quién sois.
- TER. Soy señora de Moncayo,
soy condesa de Albalflor.
- JUAN. Nada de eso sois, señora.
- TER. Pues entónces, quién soy yo?
- JUAN. La mujer de un albarquero
que se llama Salvador.
- TER. Yo, mujer de un albarquero?
tiene gracia, vive Dios!
cuando hayais dormido el vino
yo os haré saber quién soy.
La estúpida insolencia
provoca mi furor:
no sufre mi paciencia

- JUAN. tamaña humillacion!
Le puse en evidencia
que estaba en un error,
mas sigue su excelencia
sus toques de violon.
- ALC. Ya basta de paciencia,
ya basta de atencion,
su noble independencia
mi vara recobró.

HABLADO.

- JUAN. Ved que estais en un error,
y que no sois nada aquí,
y me consta, porque á mí
me lo contó Salvador.
Haced, pues, que el buen humor
lo pasado cicatrice,
que es lo que Salvador dice.
- TER. Y dale con Salvador!
- ALC. Salvador es cosa cierta
que siempre dice verdad.
(Quién es Salvador?)
- JUAN. Mirad:
ese que entra por la puerta.

ESCENA VIII.

DICHOS, SALVADOR.

- TER. Ah! mi Ernesto, ven á mí.
- SALV. Teresa!
- TER. Venga mi ultraje!
qué significa ese traje?
- SALV. Es... el que se usa aquí.
- TER. No comprendo...
- SALV. No es extraño;
me quieres mucho?
- TER. En extremo:
pero á qué viene...
- SALV. Es que temo

- JUAN. recibir un desengaño.
Creo nos tendrá más cuenta
el escurrirnos de acá,
porque sospecho que va
á estallar otra tormenta. (Se van.)
- TER. Ernesto, di sin rubor
qué significa todo esto.
- SALV. Teresa, no soy Ernesto,
yo me llamo Salvador.
Para aspirar á tu mano
clase y nombre te mentí,
pero juro á Dios y á tí
que fué por amor.
- TER. Villano!
si fuese así!... pero no,
tú te chanceas conmigo.
- SALV. Limpia la verdad te digo,
tu belleza me cegó.
Para verte un sólo día
enamorada en mis brazos
hubiera roto en pedazos
toda la existencia mía.
Si hoy la suerte me es aviesa
y osado con ella lucho,
es porque te quiero mucho,
te quiero mucho, Teresa.
Cuanto tenia gasté
para halagar tu capricho...
- TER. Y excusa todo lo dicho
el burlar así mi fé?
Cuándo imaginar pudiste
que en ningun tiempo accediera
á ser mujer de un cualquiera?
- SALV. Cuando tú me repetiste
mil veces con fanatismo
ser tu amor tan verdadero
que aunque fuese un pordiosero
tú me quisieras lo mismo.
Si hoy tu labio se desdice...
- TER. Yo no me acuerdo de nada:
una niña enamorada
no sabe lo que se dice.

Mi labio leal, un sí
al conde Ernesto le dió;
eres ese conde?

SALV.

No.

TER.

Pues no te lo he dado á tí.

SALV.

Para ser esposo amante
y amarte cual corresponde,
no necesito ser conde,
con ser hombre soy bastante;
si así no basto á dejar
tu corazón satisfecho,
lo siento... mas ya está hecho.

TER.

Pero se puede anular.

SALV.

Sin dote te recibí,
y te quiero demasiado
para acceder de buen grado
á desprenderme de tí.
Y basta de discusión.
Dios te ha hecho mi mujer,
y no estoy dispuesto á hacer
el payaso en Aragón.
Viviendo aquí sin bambolla
me esmeraré en darte gusto
y te haré dichosa.

TER.

Justo!

contigo pan y cebolla.

SALV.

Vamos, no seas pesada
y vence tu obstinación.

Tú tienes gran corazón.

TER.

No señor, no tengo nada.

Y no tienes que apurar,
te lo digo muy de veras,
yo subiré cuanto quieras,
pero no quiero bajar.

SALV.

Pues, hija, mucho me pesa;
si no cambia mi destino,
como no subas á un pino,
tienes mal pleito, Teresa.

Ayer mismo te he comprado,
al venirme, un trajecillo
humilde, mono y sencillo
cual conviene á nuestro estado.

TER. Y para qué?
SALV. Para qué?
para que hoy mismo lo estrenes.
TER. Pues hijo, mal pleito tienes,
porque no me lo pondré.
SALV. No te haces cargo, Teresa,
que sería hasta grosero,
que siendo yo un albarquero
vistieras tú de condesa?
Tú tienes el alma grande
y conciencia del deber.
TER. No me lo quiero poner.
SALV. Tú harás lo que yo te mande.
TER. (Ah villano!)

ESCENA IX.

DICHOS, JUAN.

JUAN. Conque al fin
todo se ha arreglado, eh?
SALV. Nunca ha habido para qué;
Teresa es un serafin.
TER. (Ya lo verás!)
JUAN. Me parece
que eso es lo que debe ser;
porque cuando una mujer
se emberrenchina en sus trece,
y sin atender razones
rehusa darse á partido,
de por fuerza *tie* el marido
que ponerse los calzones,
y como á insistir se atreva
y el buen consejo no escuche,
una vara de acebuche
las deja como una breva.
TER. Importa, ántes de ofenderla
saber si tiene razon.
JUAN. Pues esa es la gran cuestion
que siempre quieren tenerla.
Y si uno no las trunca
el vuelo á su obstinacion...

- TER. Y cuando tienen razon?
JUAN. No pueden tenerla nunca.
Su deber es muy sabido,
sólo que les tienta el diablo.
Redondo, dice san Pablo,
obedece á tu marido.
TER. (Habr salvaje!)
JUAN. Por eso
en habiendo pelotera,
que quiera el hombre  no quiera
tiene que tenerse tieso;
pues si uno en hora menguada
se dejase dominar,
de seguro que el lugar
le daba una encerrada.
Churro Manazas un día
 su mujer orden...
yo no s qué, y contest
resuelta que no queria;
y él la dijo: es menester
que se haga, y ella que no;
y el caso fué que quedó
la cosa al fin sin hacer.
En cuanto Churro Manazas
de noche se recogí,
todo el pueblo se junt
para gritarle: «bragazas,»
y así que él llegó á entender
que estaba expuesta su fama,
se levant de la cama
y despert  su mujer,
y emprendndola bravo,
con una vara maciza
le arrim un pié de paliza
de padre y muy señor mio.
Desde entónces su mujer
siempre más le satisfizo.
TER. Pero entónces no lo hizo.
JUAN. Pues no lo había de hacer?
Cuando aquí dice un esposo
yo quiero, no hay remision,
ya es del pais la cuestion.

TER. Qué país tan delicioso!
SALV. Pues yo, amigo, soy más blando,
aunque nací aragonés.
Me parece más cortés
empezar siempre rogando.
No apruebo que se rebaje
á nadie en su pundonor.
Teresa, has el favor
de irte á mudar de traje.
Ahora... no.

TER. Al momento.
SALV.

TER. Luego.
SALV. Ahora. (Sé prudente;
que no se entere la gente
que tu esposo fué sargento.)
Sargento!

TER. Vé, dueño mio.
SALV. Tengo frío y no estoy bien.
TER. Pues por eso mismo, ven,
SALV. que andando se quita el frío.
No me has ofrecido que hoy
quieres darme gusto en todo?
Si me obligas de ese modo...
No pasé del ruego...
Voy.

TER. Lo veis? procediendo así,
SALV. siempre hay paz entre los dos.
TER. Lo parece.

(Juro á Dios,
que se ha de acordar de mí.) (Se va.)
JUAN. Que no te des á partido;
TER. con un genio tan avieso,
si no te tienes muy tieso,
Salvador, estás perdido.
Esa mujer, ni aún de balde
conviene á nadie.

SALV. Os respondo
de que tiene muy buen fondo.
JUAN. Eso, cuéntalo al Alcalde.
Es bravía, y tiene trazas
de ser dura de domar,
y al fin tendrás que apelar

- á lo de Churro Manzanas.
- SALV. Tío Juan, mi posicion
hay que llevarla con arte,
él tenia de su parte
el derecho y la razon;
y yo á mi mujer rendí
con ardid engañosador,
y si hoy me falta su amor
todo acabó para mí
- JUAN. La cuestion es peliaguda,
y aunque por tí me intereso,
yo no tengo para eso
bastante letra menuda.
Pero por más que tú hagas
si ella te se pone esquivá,
no hay más que una alternativa,
los calzones ó las bragas.
- SALV. Si es mi lucero del alba
y en sus encantos me abraso!
(Se oye ruido de cacharros rotos.)
- JUAN. Santo Cristo!
- SALV. No hagais caso;
es mi mujer que hace salva.
Eso pronto se le pasa.
- JUAN. Toma! y yo, ¿qué voy ganando
conque se le pase, cuando
no quede un cacharro en casa?
- SALV. No importa, sus estallidos
son de duracion muy corta.
- JUAN. Pues yo lo creo que importa.
Más de tres duros perdidos!
Si cuando tengais un cisma
he de pagar yo el disgusto,
encuentro mucho más justo
que os rompais los dos la crisma.
- SALV. Calma, hombre!
- JUAN. Cómo calma?
- SALV. Pedidme lo que haya sido...
- JUAN. Lo primero que te pido
para descanso de mi alma,
que le atices una soba.
- SALV. Jamás la podré ofender,

JUAN. Pero, hombre, si esa mujer
no es mujer, que es una loba,
que sólo en el daño goza!

SALV. Pagar el daño prefiero.

JUAN. Pero tú tienes dinero?

SALV. Os compro muebles y choza.

JUAN. Y con qué?

SALV. Con el importe
del tiro que la ha traído,
que bien valdrá mal vendido
mil ducados en la córte.

JUAN. Pues por no armar alborotos,
por la *metad*, si tú quieres,
te vendo choza y enseres
y hasta los cacharros rotos.
Te acomoda?

SALV. Hecho está.

JUAN. Chico, que tu amor la goce;
desde hoy, cuanto ella destroce
corre de tu cuenta ya.

SALV. Enhorabuena.

ESCENA X.

DICHOS, TERESA.

TOM. Jesus!
qué genio tiene tan malo!

SALV. Un poco vivo.

JUAN. Un poco?

TOM. Apénas entró en el cuarto,
la boca le echaba espuma,
los ojos le echaban rayos,
y mirando á todas partes
con ojos desencajados,
empezó á derribar sillas
y á hacer añicos los trastos,
pisándolos con tal furia,
que no dejó un mueble sano;
ni el cuadro de la pared.

JUAN. El San Pedro con el gallo?

TOM. El mismo, padre.

Quereis servirme un recado
á toda prisa, y os doy
un duro por él?—Volando.—
Entónces de su escarcela
sacó un lapiz, y con mano
más veloz que una saeta
escribió unos garabatos
en un papel, se lo dió,
y el hombre salió escapado
así que ella le hubo dicho
donde habia de llevarlo,
y luego ya más tranquila,
pero mordiéndose el labio,
se puso saya y jubon
que le van como pintados.

SALV. No veis cómo al fin y al postre
hace lo que yo le mando?

JUAN. Me parece que tu postre
será colgarte de un árbol.

SALV. No lo querrá Dios, (Yendo á llamar á la puerta.)
Teresa!

JUAN. Se hace la sueca.

SALV. Callaos.

JUAN. Como si tocara á muerto.

SALV. Teresa, que yo te llamo.

SALV. Dijo algo?

JUAN. Sí, que ya baja.

SALV. Ya abrió la puerta. Dejadnos.

ESCENA XI.

TERESA, en traje de aragonesa, SALVADOR.

SA LV. Cuando tú sales, Teresa,
su disco el sol desemboza,
para ver la mejor moza
de la tierra aragonesa.
Y aviva sus rayos rojos
haciendo vanos ensayos,
para que copien sus rayos
la clara luz de tus ojos;
y el alma mía que te ama

en torno de su luz gira
cual mariposa que aspira
á consumirse en su llama.
Teresa, dime un acento
que mi fe venga á animar.

TER. (Quién podía imaginar
que este hombre fuese un sargento!)

SALV. No te conmueve el rumor
de frases que no sabia
y hoy brotan del alma mia
arrancadas por tu amor?
No vale más que mis bienes
el goce nunca pagado
de hacer de un tosco soldado
el tierno amante que tienes?
Teresa, hazme un momento
tu tierna voz escuchar!

TER. (Vaya usted á adivinar
que este hombre es un sargento.)

SALV. No respondes?

TER. Salvador,
me halaga y me desespera
oir tu voz lisongera
que tan bien siente el amor.
Cuando yo vivia en calma
sus tiernos sonidos fueron
un toque á que respondieron
todos los ecos del alma;
y aunque siempre el alma goza
cuando está cerca de tí,
conozco que no nací
para pobre en una choza.

SALV. Nos hemos de acostumbrar,
otro remedio no cabe,
y trabajando ¿quién sabe
lo que Dios nos puede dar?
Si te conformas, tú sola
harás mi felicidad.

TER. Pues hay la dificultad
que no me conforme.

SALV. Hola!

TER. Nada tengo aún resuelto,

:

mas necesito otro ambiente.
SALV. Pues hay otro inconveniente.
TER. Y cuál es?
SALV. Que no te suelto.
TER. Eso lo veremos.
SALV. Sí.
TER. Bien habrá donde apelar.
SALV. Antes me dejo matar
que desprenderme de tí.
Y ya que al verme rendido
obligas mal de su grado
á un amante apasionado
á convertirse en marido;
á ratos malos y buenos
te tienes que preparar.
Teresa, hay que trabajar
porque hemos venido á ménos.

MUSICA.

TER. Que yo trabaje?
já, já, já, já!
ni tengo maña
ni voluntad.
SALV. Con el trabajo
se gana el pan,
y tú conmigo
lo ganarás.
TER. Lo voy dudando.
SALV. No creas tal;
todo consiste
en empezar.
TER. Me eduqué en la córte
y aprendí á brillar;
y tomé consorte
sólo para amar.
Yo viví halagada
siempre en el placer;
como no sé nada,
nada puedo hacer.
SALV. Bien quisiera, niña,

- darte el Potosí;
 pero ya la viña
 no da más de sí.
 Lo que en la fortuna
 no has sabido hacer,
 sin tardanza alguna
 lo vas á aprender.
- TER. Es ya muy tarde,
y á cierta edad
lo que se aprende
es poco y mal.
- SALV. Pues hija mia,
en el hogar
iras sacando
tu habilidad.
Toma la rueca.
- TER. Mil veces no.
SALV. Ira del cielo!
lo mando yo!
cumpla la esposa
con su deber;
no hay más remedio
que obedecer.
- TER. (Es un sargento
sin ley ni Dios,
si le resisto
va á ser peor.
No provoquemos
la tempestad,
cuando mi triunfo
tan cerca está!)
- SALV. Junto á la silla
de mi mujer,
mientras el huso da vueltas
yo mi jornal ganaré.
- TER. (Á la violencia
hay que ceder;
vamos haciendo que hilamos
hasta que llegue mi vez.
- SALV. Mientras del ruin destino
la faz se trueca,
hay que apurar el lino,

que hilar la rueca;
y aprenderás,
que hilando más delgado
se gana más.

TER. Ante un galan tan fino
estoy muy hueca
de ir apurando el lino,
de hilar la rueca.
(En babia estás,
quien hila más delgado
ya lo verás.)

ESCENA XII.

DICHOS, TOMASA.

HABLADO.

TOM. Salvador.
SALV. Qué quieres?
TOM. Corre
y escapa sin perder tiempo.
SALV. Escaparme yo? por qué?
TOM. Porque vienen á tu encuentro
los guardabosques armados.
TER. (Llegó la mia!)
SALV. No acierto
qué pueden querer de mí.
TOM. Viene el Alcalde con ellos,
con una órden expresa
del castillo de prenderos
á padre y á tí.
SALV. Por qué?
TOM. Yo no lo sé; pero temo
que álguien os haya ácusado.
TER. He sido yo!
SALV. Vive el cielo!

ESCENA XIII.

DICHOS, ALCALDE, guardabosques, trayendo preso á JUAN,
ALDEANOS y ALDEANAS.

MUSICA.

- ALC. Ese es el otro,
 dése á prision.
- SALV. Quién lo dispuso?
 quién lo mandó?
- ALC. Esa dama madrileña
 presentó una acusacion
 al castillo de los condes
 contra Juan y contra vos.
 Vuestra esposa, por escrito
 os acusa de impostor
 y reclama en consecuencia
 que se anule vuestra union.
- SALV. No es capaz ella.
- TER. Sí que lo soy;
 pide venganza
 mi humillacion!
- SALV. Jamás sintió su pecho
 la llama del amor;
 es bella, más la bárbara
 no tiene corazon.
- TER. Dejé llegar al alma
 el eco de su voz,
 y un mar de hiel y lágrimas
 recojo de mi error.
- JUAN. Si hubiese mis consejos
 seguido Salvador,
 de fijo no nos viéramos
 en esta situacion.
- JUAN. Osó acusar la ingrata
ALC. } al hombre que la amó,
TOM. } jamás vió tal escándalo
CORO. } la tierra de Aragon.
ALC. } La órden que trajisteis
 al punto ejecutad,
 llevadles al castillo

- y allí les juzgarán.
Coro. Mujer que á su marido
pretende encarcelar,
llegó ya al colmo
de la maldad.
- MUJERES. Quebranta animoso
tu yugo de esposo,
y olvida y desprecia
á quien te acusó.
Las almas se exasperan
de acción tan vil,
y niñas que te quieran
seremos más de mil.
- HOMBRES. Recobra tu calma
y arroja del alma
á quien tu cariño
jamás mereció!
Tu noble palaciega
sacó por fin
con lanas de borrega
los dientes de mastin.
- TER. Cariño y despecho
destrozan mi pecho,
y al verme vengada
mi alma se heló!
Y sin tomar en cuenta
mi frenesí,
el sello de la afrenta
arrojan sobre mí.
- SALV. Venganza cumplida
á muerte y á vida
tendrá del esposo
que en ella adoró.
Si á nuestro lazo ciega
dar quiere hoy fin,
á cada uno llega
su digno San Martin.

(Salvador y el Coro signen al Alcalde: Teresa cae sobre una silla.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en el castillo de los condes con rompimiento, dos puertas á derecha é izquierda y una en el fondo, mesa, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA.

ALCALDE, ALDEANOS.

MUSICA.

CORO. La noble hermana del señor conde
de gran justicia hoy quiere estar,
y de la jóven sin duda alguna
el matrimonio se anulará
Qué mal negocio va á hacer la niña,
qué buena suerte cayó al doncel
que así que apura su pan de boda
suelto como ántes se vuelve á ver!

A.L.C. Este será un proceso
que atronará;
la Inquisicion en eso
intervendrá.
Ella es muy de alto bordo,
y ese desman
es un delito gordo
para un patan.

Cono. Tal vez con un destierro
escapará,
y sin pagar entierro
enviudará.
Si anulan el contrato
quien gana es él,
que le habrá puesto al gato
el cascabel.
Oh qué placer
que debe ser,
qué golpe de fortuna
satisfacer,
el bien querer
y á la primera luna
quedarse sin mujer!
Qué feliz par,
que al disfrutar
cuanto les dió la gana,
por un azar
tan singular
encuentran la campana
que toca á descansar!
Si anulan su contrato
quien gana es él,
Que le habrá puesto al gato
el cascabel.

HABLADO.

Alc. Mortal más afortunado
que ese Salvador no le hay.
Yo estoy harto de la mia
lo ménos treinta años há,
y nunca he encontrado medio
para poderla soltar.
Oh! santo nudo, dichoso
quien no se deja trincar,
porque con todo y ser santo,
el tal nudo es un dogal.

Uno. Tio Mambrú, verdad que es gangá
la del Salvador?

A.C.C.

Callad!

Ese es un crimen que pide
un escarmiento ejemplar.
Atreverse á estar casado
ocho dias nada más,
cuando yo, que soy Alcalde
y ejerzo la autoridad,
en treinta años no hallé medio
de poderme descasar!
No tolero esos abusos;
hombre, no faltaba más!
Por lo ménos, á presidio
por toda su vida irá.

MUSICA.

Coro.

Aunque la envidia
la piel le escalde,
no se sulfure,
señor Alcalde.
Que la fortuna
no desampara
á un mozo jóven
de buena cara.
Pero á un vejete
no puede ser.
Trague cordilla
con su mujer.

A.C.C.

Yo no tolero
tan malos modos,
y hoy en castigo
os multo á todos.
Yo haré, bellacos,
que os cueste cara
la grave ofensa
hecha á mi vara;
nadie se burla
de mi poder.

Coro.

Trague cordilla
con su mujer. (Váse el Coro.)

HABLADO.

ALC. Así que baje hoy al pueblo,
con una multa les doblo;
multa y nada de papeles,
ellos pagan y yo cobro.

ESCENA II.

DICHO, MARQUESA.

MARQ. Y bien, Alcalde?

ALC. Señora...

MARQ. Me empieza ya á impacientar
que tarde tanto en llegar
mi hermano el conde.

ALC. Hasta ahora

no es la tardanza excesiva;
está la estacion tan cruda
que á las carrozas sin duda
de andar de prisa les priva.
Y esté vuecencia segura
de que así que se divise,
cuidaré de que se avise
á vuecencia con premura.

MARQ. Me place así: ¿y el lugar,
está contento de vos,
señor Alcalde?

ALC. Por Dios,
señora, pues no ha de estar!
si yo soy su providencia!
sólo que en cuestiones parvas
se me suben á las barbas
por mi exceso de clemencia.

MARQ. Procurad que se sujete
á su deber cada cual;
yo os daré fuerza moral
para que el pueblo os respete.
Mi hermano quiere que aquí
reprimais las gentes malas.

ALC. (Si me dan un poco de alas,

- quién me va á toser á mí?)
- MARQ. Cuidad de ser imparcial
y no tolerar desmanes.
- ALC. Yo ejerzo con mis patanes
un gobierno patriarcal;
pero con la gente adulta,
que es siempre la más aviesa,
ensayo la moda inglesa,
multa para todo, multa!
- MARQ. No abuseis; si se mantienen
de su trabajo, colijo
que las multas...
- ALC. Si no exijo...
(nada más que lo que tienen.)
- MARQ. En buen hora! Mas decid,
qué opinion teneis formada
de esa jóven engañada
por un galan de Madrid,
que mintiéndole su estado
sorprendió su buena fe?
- ALC. Yo, señora, opino...
- MARQ. Qué?
- ALC. Lo que vucencia ha opinado.
- MARQ. Lo que es opinion formal
no tengo aún, mas su accion
me parece una traicion.
- ALC. Inaudita! colosal!
y aumenta más el horror,
que para vencerla, el hombre
se atrevió á tomar el nombre
del conde nuestro señor.
- MARQ. De mi hermano? Hay tal malicia!
Traedla inmediatamente;
yo quiero que esa inocente
obtenga pronta justicia.
- ALC. Voy, señora! (Váse.)
- MARQ. Quanto valga,
mi influencia y mi favor
con mi hermano he de emplear
en daño de ese bribou!
Permitir que un hombre engañe
á una doncella! eso, no!

si ella le engañára á él,
variaba la cuestión,
porque al fin el sexo débil
con privilegios nació,
y la que engaña á los hombres
gana dias de perdon.

ESCENA III.

DICHA, TERESA, ALCALDE.

- ALC. Teneis protectora en ella.
MARQ. Avanzad, niña, decid,
de dónde sois?
TER. De Madrid.
MARQ. Muy jóven sois y muy bella.
TER. Bondad vuestra.
MARQ. (Me gustó!)
Á ver, sillas.
ALC. Al momento.
TER. Quereis que ablande el asiento?
(Á ella sí y á mí no!)
MARQ. Despejad vos. (Váse el Alcalde.)
TER. (Ay de mí!
Todo en mi daño se goza:
me humillaban en la choza
y me humilla más aquí!)
MARQ. Segun entiendo, un villano
con audacia singular
os llevó há poco al altar
diciendo que era mi hermano;
no es así?
TER. Exactamente.
MARQ. Y de mi amparo al abrigo
quereis que un pronto castigo
anonade al delincuente?
TER. Segun cual sea.
MARQ. Calculo,
segun la fama pregona,
que si hay error de persona,
todo matrimonio es nulo.
Despues de la nulidad

- que en tal caso es de cajon,
se entrega á la Inquisicion.
- TER. Tengo una dificultad;
despues que el enlace den
por nulo, puede un mancebo
contraer un lazo nuevo?
- MARQ. Quién lo duda? Y vos tambien.
- TER. Y si otra mujer se aviene
sus ternuras á escuchar,
la puede él enamorar?
- MARQ. Nulo ya, qué duda tiene?
- TER. Á eso no me acomodo;
consiento en que rabie y llore,
pero lo que es que enamore
á otra, de ningun modo!
- MARQ. Vano escrúpulo, si en cuánto
le prenda la Inquisicion
le van á hacer un toston.
- TER. Eso no me duele tanto.
- MARQ. Sois una pobre mujer
incapaz de sospechar
lo que le puede guiar
á su innoble proceder.
Apuesto á que traslució
que vos teniais fortuna
de vuestra casa.
- TER. Ninguna.
- MARQ. Cómo entónces se casó?
- TER. Porque tenia rendida
tanto su alma á mi albedrío,
que por un capricho mio
hubiera dado su vida.
- MARQ. Eso os diria; y despues
que vos le disteis la mano,
asomó todo el villano
y os trató como quién es?
- TER. Señora, le rebajais;
no ha dejado ni un momento
de amarme tierno y atento.
- MARQ. Entónces de qué os quejais?
- TER. Yo me quejo: lo primero,
de descender tan de priesa

desde el rango de condesa
á mujer de un albarquero.
Porque es chanza muy pesada
tener una que bajar
desde tan alto lugar
á sargenta licenciada.

MARQ. Pero, criatura, á dónde
vuestro criterio se fué
al tomar de buena fe
un sargento por un conde?

TER. Sin duda me cegó Dios;
pero tengo para mí,
que si no le distinguí,
no le distinguierais vos.
Porque en su cara, en su traje,
en su porte y ademan,
por lo gallardo y galan
no hay conde que le aventaje.

MARQ. Y un hombre de tal valer
á tantos riesgos se ha expuesto
por puro amor?

TER. Por supuesto.

MARQ. Mucho amor es menester.
Yo, que en ninguno creí,
daría mi clase y nombre
si hallase en el mundo un hombre
que supiese amar así.

TER. Pues los hay.

MARQ. Cuando lo vea...

Y á propósito, decid,
conocéis vos en Madrid
al general La Perea?

TER. Yo lo creo!

MARQ. Oí decir
que su hija es una beldad,
cuyo genio y vanidad
no se pueden resistir.

TER. (Habrà más infausta estrella!)

MARQ. En los meses de verano
me dijo un día mi hermano
que estaba prendado de ella.
Y lo senti, porque á cada

nuevo informe que pedía,
todo Madrid me decía:
«una niña mal criada.»

Mas de su genio y mal modo
echarse la culpa suele
al padre, que es un pelele
que se lo consiente todo.

TER. Si fué tal la descripción
que hicieron de esa infeliz,
y todo Madrid lo dice,
puede que tengan razón.
Mas lo que no es tolerable,
es que achaquen este mal
á su padre el general,
que es un viejo venerable;
y exíjalo quien lo exija,
no extrañéis que no me cuadre
que rebajen á mi padre
por defectos de su hija.

MARQ. Vos sois?...

TER. Su hija, señora.

MARQ. Perdonad si os he faltado.
Siento mucho haber tocado
tal cuerda en tan mala hora.

TER. No importa nada.

MARQ. Sí á fe,
que os debo reparacion
siquiera por la aficion
que os tuvo mi hermano.

TER. Y qué?

MARQ. Que quiero de ese consorcio
dejaros libre al momento.
Haced en ese aposento
vuestra instancia de divorcio,
y con nuestra ayuda, espero
que pronto lo alcanzareis.
No es esto lo que quereis?

TER. Ni yo misma sé qué quiero! (Váase.)

MARQ. Lástima me da, me pesa
haber dado un paso en falso,
y no la veo resuelta;
ya se ve, si es tan gallardo

su esposo, como ella dice,
le dolerá, y no es extraño.

ESCENA IV.

DICHA, ALCALDE, luego SALVADOR.

- MARQ. Alcalde, dónde teneis
al seductor?
- ALC. Encerrado
en ese cuarto, señora;
es ese que está llamando.
- MARQ. Siempre será algun perdido.
- ALC. Un malandrín, un bellaco. (Abre.)
- SALV. Acaberais de una vez
de abrir la puerta?
- ALC. Canastos!
qué tono es este? chitito,
chitito y no alzarne el gallo.
- SALV. Alcalde posma!
- ALC. Qué escucho?
Multa por el desacato
que haceis á mi autoridad
y á la hermana de nuestro amo.
- SALV. En dónde está?
- ALC. Mi señora,
vuecencia ha oido el escándalo
que ese deslenguado...
- MARQ. Ah!
(Señal de Salvador á la Marquesa para que calle y
no le descubra.)
- ALC. Promueve en vuestro palacio.
Ruego que mandeis ponerle
de cuello al cepo en el acto.
- SALV. Y yo os ruego que mandeis
que él se vaya á trote largo.
- ALC. No estais oyendo, señora?
- MARQ. Volveos.
- SALV. Lo ois?
- ALC. Muy claro;
que os volvais á vuestro encierro.
- SALV. Que os largueis vos.

- ALC. Voto al diablo!
que es inaudita su audacia.
Señora, por los tres clavos,
repítale vuecelencia...
- MARQ. Que os vayais dije.
- ALC. Canario!
Ved que soy yo el...
- SALV. Silencio!
- ALC. (Pero, señor, dónde estamos?
Pues y la fuerza moral
que me ofreció? No la alcanzo.) (Vase.)
- MARQ. Pero, hermano, cómo así?
- SALV. Me has venido á echar abajo
con tu ligera cabeza
toda mi dicha.
- MARQ. No alcanzo...
- SALV. Harto veo que no alcanzas.
Cuando yo ya iba domando
el genio de mi mujer...
- MARQ. De tu mujer?
- SALV. Me he casado.
- MARQ. Con esa niña?
- SALV. Con esa.
- MARQ. Es muy linda.
- SALV. Demasiado!
Pero hija, tiene el genio
más indomable y más vano
que tiene mujer nacida;
pero de su orgullo en cambio
tiene el corazon de un ángel,
y yo que en ella idolatro
quise atajar sus defectos
por su padre aconsejado;
y cuando á fuerza de maña
la iba ya acostumbrando
á hilar la rueca...
- MARQ. La rueca?
ay, si no fueras mi hermano!
- SALV. No gusto de entrometidas.
- MARQ. Ni yo gusto de tiranos.
Dónde se ha visto que un noble
haga bajar de su rango

- á su esposa, hasta igualarla
á la mujer de un villano?
- SALV. Pero, hija, si para ella
no soy más que un pobre diablo
que ha querido hacerla suya
con título y nombre falsos;
y cuando mi amor triunfaba
de su orgullo aristocrático,
te metas tú en mis asuntos,
que son para tí profanos,
dejándome en un minuto
todos mis planes frustrados.
- MARQ. Quién podía imaginar?...
- SALV. Pero eres tú magistrado
para administrar justicia?
- MARQ. No veo tan grave el daño.
- SALV. Pues lo es mucho, porque ahora
su amor propio está picado,
y no tiene más idea
que anular nuestro contrato
dando rienda á su capricho
y á mi amor un desengaño.
- MARQ. No lo creas, te ama y mucho!
- SALV. Creo que nunca me ha amado.
- MARQ. Antes se deja matar
que disolver vuestro lazo.
- SALV. Lo crees?
- MARQ. Tanto, que yo
se lo propuse hace un rato,
y á pesar de que le viene
muy cuesta arriba su cambio,
no admite ni aún la idea
de verte en ajenos brazos.
Ella te adora.
- SALV. De veras?
- MARQ. Si eres más afortunado!
- SALV. Pues mira, por la noticia
te ofrezco hacerte un regalo
que te guste mucho.
- MARQ. Cuál?
- SALV. Mi tronco tordo rodado
y tres besos de cariño

- en tu deliciosa mano.
- MARQ. Así me gustas, buen mozo;
(Sale el Alcalde.)
dobla si quieres.
- ALC. Canastos!
- SALV. Otra vez aquí ese posma!
- MARQ. Qué quereis?
- ALC. Señora... (Vamos,
yo no sé lo qué decir!)
- MARQ. Á qué venis?
- ALC. Es el caso
que la otra dama ha pedido
que se le entrase recado
de escribir, y como yo
no veo nada á dos pasos
por ser muy corto de vista,
ni aún había reparado
que vucencia estaba aquí.
- MARQ. Basta, cumplid su mandato.
- SALV. Á ese tío hay que ajustarle
bien las cuentas.
- ALC. (Cielo santo!)
- MARQ. Vámonos, y en mi aposento
hablaremos más despacio. (Vánse.)
- ALC. Pues no es nada lo del ojo!
se la besó, yo lo ví;
él dirá tan fresco «aquí
te veo y aquí te cojo.»
Sí señor, en donde él entra,
en viendo faldas delante,
como es buen mozo el bergante
se la busca y se la encuentra.
Y me va á burlar mi empleo
cual si lo viera, de fijo;
qué bien dijo aquel que dijo:
«por qué nací yo tan feo?»
La influencia de ese vándalo
me va á partir sin remedio;
si hallára siquiera un medio
de promover un escándalo;
porque el caso lo merece,
sí, señor: ¿no lo ha de haber?

si yo cuento á su mujer
lo que he visto, me parece...
sí tal; mi conciencia en balde
me aconseja la prudencia.
Enmudezca mi conciencia
ante mi vara de alcalde.

ESCENA V.

DICHO, TERESA.

TER. Y bien, Alcalde, qué habeis
hecho del preso?
ALC. Del preso?
Ya no es preso, la señora
se lo llevó á su aposento.
TER. Para qué?
ALC. Eso... se ignora;
pero... vamos... están dentro.
Solos?
TER. Solos.
TER. Es muy raro!
▲LC. Ay, señora, en estos tiempos
se ven rarezas que asombran!
TER. Á qué viene ese misterio?
ALC. Aquí no hay misterio alguno,
si acaso allí...
TER. No os entiendo!
ALC. Pues es que la dama os sopla
á vuestro marido.

MUSICA.

TER. Cielos!
ALC. La dama ántes de verle
airada me encargó
tratar con virga lérrea
á vuestro seductor,
y así que vió el aspecto
del fresco moceton,
se fué poniendo blanda

- y el cuadro se cambió.
- TER. Vos estais seguro
que ella guste de él?
- ALC. Más que las abejas
gustan de la miel.
- TER. Por salir de preso
él tal vez fingió.
- ALC. Pues fingió algun beso
que era de mi flor.
- TER. Qué decis?
- ALC. Que claros
he contado tres.
Dejo adivinaros
lo que habrá despues.
TER. Y mi amor olvida?
nunca imaginé
que tan honda herida
me pudiese hacer.
Primero ha de apagarse
la clara luz del sol,
que dentro de mi pecho
se apague mi pasion.
Mil veces eso mismo
su labio me juró,
y el sol sigue alumbrando
y se apagó su amor!
- ALC. El hombre es hijo de Eva,
qué en cueros le parió,
expuesto á achicharrarse
así que le da el sol,
por eso nuestra máquina
tras una insolacion,
padece interminencias
de frio y de calor.
Muy pronto algun partido
hay que tomar.
- TER. Qué es lo que vos hariais
en mi lugar?
- ALC. Yo haria lo que ordena
la medicina,
que al tener calentura
se toma quina.

- TER. Reis de mi tormento?
ALC. No tal, no tal.
Debeis vencer, señora,
vuestra rival.
- TER. Y cómo he de vencerla
sin verle á él,
cuando ella á todas horas
le puede ver?
- ALC. Vos debeis pronto poner en juego
algun recurso particular,
porque la estopa cerca del fuego
arde con suma facilidad.
Siendo ella joven y seductora,
y él por lo visto buen adalid,
en lo más critico del cuarto de hora
el diablo sopla y adios Madrid.
- TER. Yo no esperaba tan honda herida
del alma ingrata del desleal,
y hoy al sentirme por él vendida
me falta aliento para luchar.
Si un frio velo de eterno olvido
es la esperanza del porvenir,
por más que digan, no he merecido
que Dios me haga tan infeliz.

HABLADO.

- Lucharé con frenesí,
porque mi causa es muy justa.
- ALC. Mas si á la otra le gusta...
- TER. Pues también me gusta á mí.
Señor Alcalde, os exhorto
á prenderle sin retardo.
- ALC. Soy la espada de Bernardo,
yo aquí ni pincho ni corto.
- TER. Conque aquí contra un malvado
no se halla justicia?
- ALC. No;
porque el justicia soy yo
y seré el ajusticiado.
- TER. Conque cuando mi rival

me le roba y me anonada,
vos no me servis?

ALC. De nada.

Perdí la fuerza moral.

TER. No veis que estoy espirante

y me roban el marido?

ALC. No veis que estoy abatido
y voy á quedar cesante?

TER. Entónces idos con Dios.

ALC. Vos le debeis atraer.

TER. Mi dignidad de mujer

vale más que él y que vos;

y aunque la vida perdiera

sabré mantener mi fuero;

mi divorcio lo primero

y despues lo que Dios quiera. (Váse.)

ALC. Pues señor, este negocio
va tomando muy mal giro,
porque si se rompe el lazo
y queda libre el mocito,
no habiendo obstáculo alguno,
la otra le trinca, de fijo.

Es preciso disuadirla

de ese funesto designio,

porque va en ello mi plaza;

pero ¿y si yo no la rindo?

Entónces vuelvo casaca

y me paso al enemigo.

(Váse al cuarto de Teresa.)

ESCENA VI.

SALVADOR, MARQUESA.

MARQ. Sabes que es prueba muy ruda
la que has hecho con Teresa?

SALV. Si me quiere no me pesa.

MARQ. Te quiere, no tengas duda.

SALV. El orgullo en su alma impera.

MARQ. Has de hacerte cargo, Ernesto,
que es un salto muy expuesto
pasar de dama á albarquera,

- y ante tu engaño y falsía,
y ante la miseria y duelo
el mejor ángel del cielo
tambien se sublevaria.
- SALV. Su corazon, sin pasion,
se fascinó por mi nombre,
y no más.
- MARQ. Qué sabe un hombre
de cosas del corazon?
El hombre sabe amar ciego
como tú, sin paz, sin calma,
y entónces entrega el alma
para recogerla luego;
en tanto que la mujer
no la da tan de contado,
pero una vez que la ha dado
no la vuelve á recoger.
Y es mujer quien te lo afirma.
- SALV. Si ella odia nuestro consorcio
y va á firmar el divorcio.
- MARQ. Pues te engañas, no lo firma.

ESCENA VII.

DICHOS, ALCALDE.

- ALC. Me otorga vucencia el pase
para llegar?
- MARQ. Otorgado,
qué quereis?
- ALC. (No hay más remedio
que pasarme á este otro bando.)
La otra dama... la señora
de ese jóven... me ha encargado
poner sin demora alguna
este papel en sus manos.
- MARQ. Qué es ello?
- ALC. Tome vucencia.
(Ya empezaron los regalos;
traje nuevo, lo que dije,
si no ando listo me clavo!)
- MARQ. Su demanda de divorcio!

- SALV. De divorcio!
- MARQ. Yo no acabo
de volver de mi sorpresa!
cómo habrá dado este paso?
- ALC. Á ella le dolía mucho
y tenía mil reparos
en hacerlo, pero yo
que á serviros me consagro
la convencí.
- SALV. Á ese tío
hay que colgarle de un árbol;
digo, si es que la señora
no se opone.
- ALC. Pues es claro
que se opondrá, sí señor;
la noble hermana del amo
es incapaz de acceder
á consejos tan villanos,
y no basta que un...
- SALV. Silencio!
- ALC. Pero...
- MARQ. Que calleis os mando.
- ALC. (Me tumbó, no tiene duda!
eso es que ya está nombrado.)
- MARQ. Idos de aquí.
- ALC. Pero...
- SALV. Fuera!
- ALC. Ya voy! (Ni que fuera el amo!
Tiene razon su mujer,
este hombre es un malvado.) (Váse.)
- SALV. Ves lo que yo te decia,
si esa funesta mujer
no tiene en su corazon
átomo de amor ni fe!
- MARQ. Pues no me doy por vencida,
y apuesto mil contra diez
á que esa mujer te quiere.
Y en qué fundas?...
- SALV. No lo sé.
- MARQ. Si cree que á su capricho
he de humillar mi altivez,
vive el cielo que se engaña;

y en prueba de ello, que al pié
de su firma, ahora mismo
la mia voy á poner.

MARQ. Bien hecho! el mostrarse débil
nunca al hombre le está bien.
Has firmado?

SALV. Sí.

MARQ. Pues dámelo,
que ántes de mandarlo al juez,
aunque pegue de curiosa,
tengo antojo de saber
la causa que la ha impulsado
á escribir este papel.

SALV. Cuidado con rebajarme!
MARQ. Recelas de mí?

SALV. No á fe!
MARQ. Harto sabes que tu dicha
me inspira más interés
que la mia; siento pasos;
hazme ahora la merced
de irte y dejarnos solas.

SALV. Pero...
MARQ. Vé y déjame hacer.

ESCENA VIII.

MARQUESA, TERESA.

TER. (No sé lo que por mí pasa!)

MARQ. Adelante, niña hermosa.

TER. (Ella aquí!)

MARQ. No os acercáis?

TER. Para qué?

MARQ. Para que á solas
hablemos un breve rato.

TER. De qué hemos de hablar, señora?

MARQ. De la cuestion palpitante.

TER. Ya no palpita.

MARQ. Me choca
tal cambio en tan corto espacio,
y más en una persona
que ha dejado ver un fondo

- de corazon que la honra.
- TER. Pues ese fondo es la causa:
porque yo no soy como otras
que hipócrita y falsamente
el alma agena destrozan.
- MARQ. Verbi gracia?
- TER. Verbi gracia,
la que tengo enfrente.
- MARQ. Hola!
para decir un insulto
debe haber razon!
- TER. De sobra!
Qué dama que estime en algo
sucrase y su ejecutoria,
dispensa ciertos favores
á un hombre de humilde estofa,
y al cuarto de hora de verle
le admito en su estancia á solas?
Pues vos lo habeis hecho.
- MARQ. Yo?
- TER. Pues es verdad.
- TER. Sí señora.
- MARQ. Pero lo hice sin malicia.
- TER. Quién lo duda?
- MARQ. (Está celosa.)
- TER. Quién hay que pueda ignorar
lo que á su decoro importa?
- MARQ. Á insultos de ese calibre
respondo una cosa sola,
y es, que dentro de mi casa
hago lo que me acomoda;
y puesto que renunciasteis
al santo nombre de esposa,
no os reconozco el derecho
de fiscalizar mis obras.
(Que rabie!)
- TER. Vuestra traicion
me autoriza á cualquier cosa;
por eso pido el divorcio.
- MARQ. Sois bien flaca de memoria;
no os acordais que vos misma
me mandasteis hace horas

una acusacion bastante
para llevarle á la horca?
No extrañeis pues que ese jóven
á quien sus dotes abonan
encuentre quien le proteja
cuando su mujer le odia;
y eso sin más interés
que el practicar buenas obras;
nada más.

TER. Me edificais
con tanta virtud, señora.
Qué caridad tan sublime!

MARQ. Como vuestro amor de esposa.
Y basta ya; en el estado
á que han llegado las cosas
no os las habeis ya con él
sino conmigo, señora,
conque tenedlo entendido.

TER. (Va á dejarse caer sobre un sillón.)
(No hay remedio, me le roba!)
(Al irse la Marquesa habla con Salvador en el
fondo.)

MARQ. Se está muriendo de celos.
SALV. De quién?

MARQ. De mí, conque ahora
que te la entrego rendida
vamos á ver si la domas.

ESCENA IX.

SALVADOR, TERESA.

TER. (Si yo le pudiese ver!)
SALV. (Yendo á la puerta de la derecha fingiendo no re-
parar en Teresa.)
Dónde estará?

TER. Salvador!

SALV. Tú aquí?

TER. Te pesa el hallarme?

SAL. Es decir, pesarme no.
Pero no es á tí á quien busco,
y con tu permiso, voy...

TER. (Busca á la otra!) Oye.

- SALV. Qué?
- TER. Tengo que hablarte.
- SALV. Ahora no:
luego más tarde si acaso.
- TER. Un momento, hombre, por Dios!
No merece tu mujer
un minuto de atención?
- SALV. Mi mujer! ya no la tengo!
La que lo ha sido, firmó
su demanda de divorcio,
me acusó á la Inquisición
y no estoy en ella, gracias
á que encontré un protector.
Es decir, gracias á ramas,
que la voluntad de Dios...
- TER. Ligerezas de mujer,
momentos de indignación
en que una obra mal, y luego...
- SALV. Cierto; y luego obra peor.
- TER. Salvador, tú me has querido.
- SALV. Eso no digo que no.
- TER. Y no hay para mí ya nada
dentro de tu corazón?
- SALV. Pues no ha de haber? El recuerdo
de dicha que huyó veloz
de un ángel que juró amarme
y despues no lo cumplió?
- TER. Pues mira, lo que es en eso
te equivocas, Salvador.
- SALV. Lo dudo.
- TER. Nada te prueba
el ver lo humilde que estoy?
- SALV. Sí por cierto! eso me prueba
que teniendo un genio atroz,
esperaste á corregirlo
al romperse nuestra union.
- TER. Qué poco galante estás!
Quieres hacerme el favor
de abrocharme estos botones?
(Presentándo'e la mano.)
(Ay! ay! ay!) Perdona; hoy
estoy nervioso, y no puedo

- TER. abrochar nada. (Valor!)
Y á propósito; ese traje
que llevas, ¿quién te le dió?
- SALV. Este traje?
- TER. Sí.
- SALV. Este traje
me le dió mi protector.
- TER. Quién es?
- SALV. Es... una persona
de muy buena educacion.
- TER. Una mujer descocada,
que sin respeto al pudor
te lo ha regalado á cambio
de enamorarla.
- SALV. Por Dios,
no me vengas con escenas...
- TER. Me lo ha dicho quien lo vió,
y tengo sangre en las venas
para matar á los dos.
- SALV. Vaya, no gusto de escándalos.
- TER. No te vayas, Salvador,
Salvador, no me abandones
á mi desesperacion!
- SALV. Pues por qué mueves querellas?
- TER. Tú fuiste quien empezó.
Tienes un genio tan fuerte
que te exaltas sin razon.
Huyamos, llévame lejos
de este sitio, Salvador.
- SALV. Pues ea, vente conmigo.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ALCALDE y CORO, luego la MARQUESA.

- ALC. Alto! que el conde llegó,
segun me dijo su hermana,
y yo á presentaros voy
como cogido infraganti!
- SALV. Infraganti!
- ALC. Sí señor.
Robando á vuestra mujer
despues que se divorció.

- TER. Si yo he querido seguirle.
ALC. Tanto peor para vos
puesto que vos misma habeis
pedido la anulacion.
Es esto juego de niños,
tan pronto sí como no?
MARQ. Qué es esto?
ALC. Rapto frustrado!
Que se escapaban los dos.
MARQ. Se escapaban?
ALC. Sí señora,
pero leí su intencion
y á mí nadie me la pega.
MARQ. Amigo, veo que sois
una autoridad de punta.
ALC. Pues ya se ve que lo soy:
á los tunantes, señora,
les conozco en el olor;
ya vereis con qué salero
van á la cárcel los dos.
MARQ. Esperad, vuestros servicios
merecen un galardou
cuando mi hermano lo sepa.
ALC. Va á doblarme el sueldo?
MARQ. No,
pero algo os doblará.
ALC. Si me hicieseis el favor
de presentarme.
MARQ. Ahora mismo
tendré la satisfaccion
de complaceros.
ALC. Mil gracias.
MARQ. Mi noble hermano y señor
conde Ernesto de Moncayo,
el Alcalde.
ALC. Santo Dios!
La... la... la... la... la...
MARQ. Vais
á cantar la jota?
ALC. No:
creed que en este momento,
señora, no estoy en voz.

- TER. (Es esto un sueño, Dios mio!)
(Gesto imperioso del conde al Alcalde para que se vaya inmediatamente.)
- ALC. Ya lo entiendo! en atencion
á mi salud delicada
y al continuo sinsabor
que trae la cosa pública,
renuncio al cargo y me voy. (Váse.)
- TER. Ernesto!
- SALV. Con qué placer
te veo regenerada!
- TER. Sabes que es broma pesada
la que has hecho á tu mujer?
- SALV. Tu padre al salir de allá
fué quien el plan diseñó,
él lo dispuso, yo no.
- TER. Miren mi señor papá!
- SALV. Tu belleza celestial
será la luz de mi vida.
- TER. Pues ya que soy tan querida,
te pido una gracia!
- SALV. Cuál?
- TER. Que si algun rapto ligero
enfriara tu pasion,
me enseñes desde el balcon
la choza del albarquero.

MUSICA.

- TER. Con esta saya pobre y sencilla
dichoso late mi corazon,
que si la vida me dió Castilla,
vida y amor me da Aragon.
- CORO. Desde que te vi con el rostro sereno,
dije para mí, bueno, bueno, muy bueno;
mas al ver tu trenza que el alma enamora,
dije para mí,
al mirar te *denantes* y ahora
más vales así.

FIN.

La segunda cienicienta.
La peor cuna.
La choza del almadrero.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Lleven hijos.
Las dos madres.
La hija del Rey René.
Los extremos.
La frutera de Murillo.
La cantinera.
La venganza de Catana.
La marquesita.
La novela de la vida.
La torre de Garan.
La nave sin piloto.
Los amigos.
La judía en el campamento, ó glorias de Africa.
Los criados.
Los caballeros de la niebla.
La escala de matrimonio.
La torre de Babel.
La caza del gallo.
La desobediencia.
La buena alhaja.
La niña mimada.
Los maridos (refundida.)
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbarano.
Marta y Maria.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.
Mártires de Polonia.
Marta! ó la Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero, saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardín.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pensión.
Para dos perdices, dos.
Prestamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convidó al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Que suerte la mía!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imagen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Suenos de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula tuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, infonfeso y mártir.

Trabajar por cuenta ajena.
Tod unos.
Torbellino.
Una mor á la moda.
Una conjuración femenina.
Un dómne como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una lección reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocación.
Un retrato á quemarropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una lección de córte.
Una taita.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una lección de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.
Ardides y cuchilladas
Claveyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céfiro y Flora.
D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.
Don Pascual.
El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El caletero y la maja.
El perro del hortelano.
En cinta y en Marruecos.
El león en la ratonera.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja (*Música.*)
El vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El colegial.
El último mono.
El primer vuelo de un pollo.
Entre Pinto y Valdemoro.
El magnetismo... ¡animal!
El califa de la calle Mayor.
En las astas del toro.

El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapiés.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diabolo.
Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.
La Hiera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La toma de Teitan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Lo herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitaniilla.
La artista.
La casa roja.
Los platos.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Petiquere y marques.
Pablo y Virginia.
Retrato y Original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por epuesta.
Un quinto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol.
<i>Alcoy.</i>	J. Martí.	<i>Mahón.</i>	P. Vincent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Mátzga.</i>	J. G. Taboada y F. de Moya.
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.	<i>Manila (Filipinas).</i>	A. Olona.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Mataró.</i>	N. Clavell.
<i>Almería.</i>	M. Alvarez.	<i>Mondónedo.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Andújar.</i>	D. Capacuel.	<i>Montilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos de Andrión.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Avila.</i>	S. Lopez.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Aviles.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Orihueña.</i>	J. Martínez Alvarez.
<i>Badajoz.</i>	P. Coronado.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Oviedo.</i>	J. Martínez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Palencia.</i>	Hijos de Gutierrez.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I. Cerdá.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelabert.
<i>Bejar.</i>	J. Teixidor.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios Barrena.
<i>Bilbao.</i>	E. Delmas.	<i>Pontevedra.</i>	J. Buceta Solla y Comp.
<i>Burgos.</i>	T. Arnaiz y A. Hervias.	<i>Priego (Cordoba.)</i>	J. de la Gámara.
<i>Cabra.</i>	R. Montoya.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. Valderrama.
<i>Caceres.</i>	H. E. Perez.	<i>Puerto-Rico</i>	J. Mestre, de <i>Mayagüez.</i>
<i>Cádiz.</i>	V. Morillas y Compañia.	<i>Reguena.</i>	C. Garcia.
<i>Caltayud.</i>	F. Molina.	<i>Reus.</i>	J. Prius.
<i>Canarias.</i>	F. Maria Foggi, de <i>Santa Cruz de Tenerife.</i>	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
<i>Carmona.</i>	J. M. Eguiluz.	<i>Ronda.</i>	Viuda de Gutierrez,
<i>Carolina.</i>	E. Torres.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
<i>Cartagena.</i>	J. Pedreño.	<i>San Fernando.</i>	J. Gay.
<i>Castellon.</i>	J. M. de Soto.	<i>S. Ildesonso (La Granja)</i>	J. Aldrete.
<i>Castroudiates.</i>	L. Ocharán.	<i>Santúcar.</i>	J. de Oña.
<i>Ceuta.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>San Sebastian.</i>	A. Garralda
<i>Ciudad-Real.</i>	P. Acosta.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	S. Herrero.
<i>Córdoba.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.	<i>Santander.</i>	C. Medina y F. Hernandez.
<i>Coruña.</i>	J. Logo.	<i>Santiago.</i>	B. Escribano.
<i>Cuenca.</i>	M. Mariana.	<i>Segovia.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Ecija.</i>	J. Guill.	<i>Sevilla.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Ferrol.</i>	N. Taxonera.	<i>Soria.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Figueras.</i>	M. Alegret.	<i>Talavera de la Reina.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Gerona.</i>	F. Dorca.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	P. Veraton.
<i>Gijon.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Tarragona.</i>	V. Font.
<i>Granada.</i>	J. M. Fuensalida y Viuda ó Hijos de Zamora.	<i>Teruel.</i>	F. Baquedano.
<i>Guadalajara.</i>	R. Onana.	<i>Toledo.</i>	F. Hernandez.
<i>Habana.</i>	M. Lopez y Compañia.	<i>Toro.</i>	L. Poblacion.
<i>Haro.</i>	P. Quintana.	<i>Trujillo.</i>	A. Herranz.
<i>Huelva.</i>	J. P. Osorno.	<i>Tudela.</i>	M. Izalzu.
<i>Huesca.</i>	R. Guillen.	<i>Tuy.</i>	M. Martinez de la Cruz
<i>Irun.</i>	R. Martinez.	<i>Ubeda.</i>	T. Perez.
<i>Játiva.</i>	J. Perez Fluixá.	<i>Valencia.</i>	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
<i>Jerez.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Valladolid.</i>	D. Jover y H. de Rodrig.
<i>Las Palmas (Canarias)</i>	J. Urquia.	<i>Vich.</i>	Soler, Hermanos.
<i>Leon.</i>	Miñon Hermano.	<i>Vigo.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Lerida.</i>	J. Sol é hijo.	<i>Villanueva y Celtrú.</i>	L. Creus.
<i>Linaires.</i>	J. M. Caró.	<i>Vitoria.</i>	J. Oquendo.
<i>Logroño.</i>	P. Briebea.	<i>Zafra.</i>	A. Oguet.
<i>Lorca.</i>	A. Gomez.	<i>Zamora.</i>	V. Fuertes.
		<i>Zaragoza.</i>	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.